

Un mensaje bíblico

# PARA TODOS

## Los celestiales

“Cual el celestial, tales también los celestiales”.

(1 Corintios 15:48)

¿De quiénes habla este versículo? ¿Quiénes son esos seres misteriosos y privilegiados que la Palabra llama “los celestiales”? ¿Son tal vez ángeles, espíritus que rodean el trono de Dios? En ninguna manera. Leamos los versículos precedentes. Los celestiales son “los que son de Cristo”, es decir, todos los hijos de Dios. Sin duda, dirá usted: «Somos un pueblo elegido para habitar un día los cielos, por lo tanto un día futuro nosotros seremos los celestiales».

Queridos amigos creyentes, la Palabra no presenta este asunto en futuro, sino en presente. Actualmente, ahora, somos celestiales. ¿Qué significa esto y cuáles son las consecuencias?

Antes de que el Señor Jesús viniera a este mundo, el creyente judío recibía sus bendiciones en la tierra. El Antiguo Testamento ligaba las promesas terrenales a la fidelidad. La prosperidad material era una prueba visible del favor de Dios. Tal será nuevamente el régimen de los creyentes del nuevo pacto durante el reinado de los mil años. Pero nosotros somos los creyentes del Nuevo Testamento; estamos ubicados entre estos dos períodos. Pertenece a la Iglesia; esto quiere decir que tenemos todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales, en Cristo (Efesios 1:3).

Con la misma alegría que para anunciarles el perdón de sus pecados, quisiéramos decir a los jóvenes creyentes: el cielo es de ustedes, ni más ni menos, es suyo hoy, ahora. Es de ustedes porque Cristo, “el Celestial”, a quien ustedes están ligados, subió allí después de que el mundo lo hubo rechazado. Moralmente ustedes tienen la misma posición que Cristo: rechazados por el mundo, están sentados “en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:6). Tal vez les parezca que esto es mera teoría. Es cierto que corporalmente todavía no estamos en los lugares celestiales, pero somos llamados a ver las cosas como si ya estuviéramos allí.

Así como desde lo alto de una montaña los objetos del valle a nuestra vista se reducen a pequeñas proporciones, igualmente, las cosas de la tierra, vistas desde el cielo, incluso las mejores y más legítimas, ocupan un lugar secundario. Toman el carácter de cosas pasajeras. Cesan de ser los objetos perseguidos con obstinación para nuestro propio deleite, como sí lo son para la gente del mundo cuyos intereses están en la tierra. Para el creyente, estas cosas no son más que medios, ocasiones para glorificar a Dios. Pero como alguien dijo: nosotros los cristianos a menudo tenemos muy poca perspectiva. Porque la verdadera perspectiva sobre toda cosa sólo se obtiene ubicándonos en el cielo, de corazón y por el pensamiento.

Además, Dios nos ha marcado con una señal distintiva, un carácter de familia, prueba de que le pertenecemos. El Espíritu Santo ha venido a habitar en el creyente, grabando sobre él el sello divino, el carácter celestial.

En realidad, nosotros somos personas de otro mundo. Aunque tenemos la misma apariencia que los hombres que nos rodean, nuestro ser interior es totalmente diferente por sus motivos, sus afectos y sus centros de interés;

por eso el mundo no puede comprender al “celestial”. El mundo dirá a los cristianos: ¿Cómo puede gustarles leer la Biblia, ese viejo libro, y no gustarles nuestros periódicos y novelas? ¡Ustedes pasan los domingos en apagadas reuniones o en familia, y nuestros espectáculos y distracciones no le interesan! Sus jóvenes son reservados, modestos; se interesan en otras actividades. ¡Todo lo que constituye el encanto de la vida les parece indiferente! ¡Ustedes son personas extrañas!

Respondamos con la Palabra: Ahora somos “hijos de Dios, por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él” (1 Juan 3:1). Así como Jesús no fue conocido ni comprendido, porque era del “cielo”, lo mismo sucede con el creyente fiel. Sus motivos y gozos escapan al análisis del mundo.

Sin embargo, es necesario que tengamos esos motivos y esas alegrías. Es preciso que conozcamos la maravillosa compensación del cristiano por todos los renunciamentos que no deberían costarle, pues Cristo, el Objeto asido, es sumamente incomparable. Debemos gozar ahora mismo del cielo y de Aquel que lo llena. En el caso contrario nuestra separación del mundo será simplemente teórica, pretensiosa, sin valor para Dios, sin fuerza de testimonio.

Si nuestro testimonio es tan débil y hay pocas o ninguna conversión a nuestro alrededor, puede ser porque no damos a los que nos rodean la impresión de que el cielo nos basta. Por el contrario, parece que necesitaríamos también mucho de las cosas de la tierra para sentirnos felices.

Queridos amigos creyentes, nosotros somos “celestiales”, estamos ligados al “Celestial”. Que cada uno de nosotros pueda decir sinceramente: El cielo es suficiente para mi felicidad presente, porque mi corazón se halla en el lugar

en donde mi Salvador viviente está.

J. K.

- 1 *Por la vía terrenal,  
Guíame tu clara luz  
A la vida celestial,  
¡Padre del Señor Jesús!  
El Espíritu de Dios  
Siempre atestiguando en mí,  
Cantaré en dulce voz:  
Soy salvado ya por Ti.*
- 2 *¡Salvador, manso Jesús!  
Ténme muy cerca de Ti,  
Ya que diste en una cruz  
Muestra de tu amor por mí.  
Yo te pido tu sostén,  
¡Poderoso Salvador!  
Dame tan precioso bien,  
Te suplico ¡mi Señor!*

Himnos y Cánticos (España), Nº 70

**PARA TODOS**



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas  
PARA TODOS  
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).